

# En el taller de Rafael Correa.

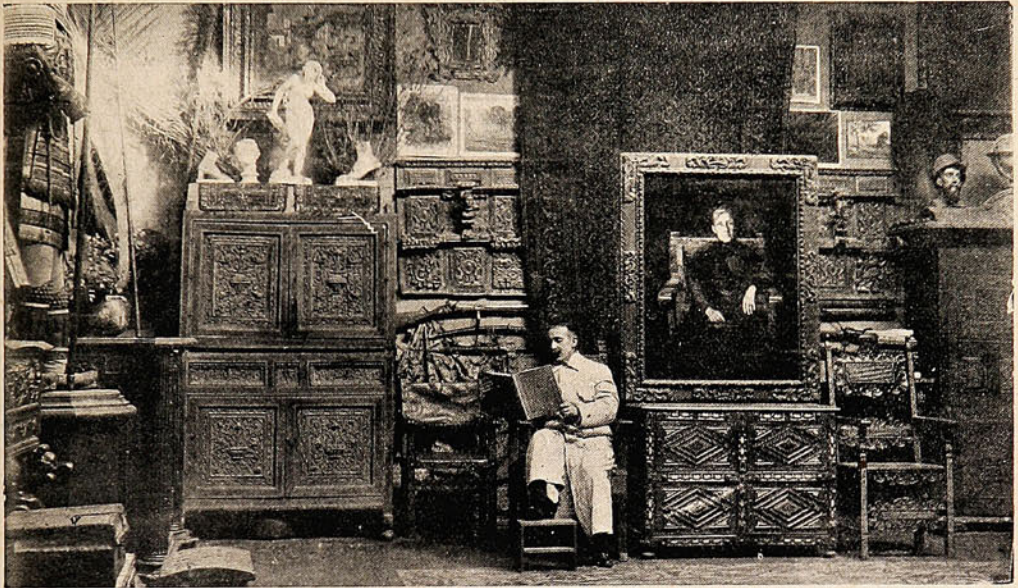
En un barrio apartado de la ciudad, que hasta hace poco era un descampado y que ahora, gracias a la furia edificadora de que están poseídos los propietarios de los alrededores aparece como una población hecha y derecha, construyó hará de esto unos seis años, Rafael Correa su taller.

Partidario, por temperamento y por convicción, del vivir apacible y aislado, nuestro artista consultó al construir todas las necesidades que se derivan de la índole misma de sus trabajos, y también todas las comodidades de que un hombre eminentemente culto como él ha de rodearse. Ello es que con muchos afanes y con un poco de dinero se hizo un taller como no

man un fuerte ambiente evocador y que, a no dudarlo, representan una fortuna.

Y haciendo vigoroso contraste con esta decoración de otras épocas, algunas telas del pintor, vibrantes de sol y de vida, nos atraen, nos hacen acercarnos, como si de ellas partiera hacia nosotros un imperativo llamamiento.

Olvidamos, pues, por un momento la contemplación de las preciosidades arcaicas que cubren los muros y que yacen en torno del gran salón y nos trasladamos, por la virtud del arte del pintor, a la gloria de nuestros soleados campos, en donde los animales, que son, como se sabe, la especialidad de Correa, actúan en calidad de personajes principales.



EL LAUREADO PINTOR, EN SU REGIO ESTUDIO.

hay otro aquí, grande, inmenso, cual corresponde a las proporciones de las telas que Correa suele pintar.

Cuando después de haber golpeado a la puerta dos veces, sin que apareciera nadie, empezábamos a temer que el artista no estuviera en casa, lo vimos de pronto asomar por una pequeña puerta, envuelto en un guardapolvo de dril.

—¡Hola! Entre usted por aquí.

Y como le dijéramos que ya dudábamos de hallarlo, nos dijo sonriendo:

—Andaba por allá adentro y como esto tiene mucho fondo cuesta a veces oír cuando golpean a la puerta.

Luego nos introdujo al vasto taller, iluminado suavemente por la luz cenital.

Aquello es un museo: los muros, cubiertos hasta el cielo raso de cuadros, estudios, armas, tapicerías, objetos antiguos, curiosidades; en contorno, muebles de viejo estilo, escarapates de la época colonial, sillones de Córdoba, arcaes talladas o con cuero estampado, bargueños del siglo XVI, chimeneas esculpidas, fragmentos de altares, un mundo, en fin de cosas que for-

No nos referiremos a la multitud de estudios de paisajes y de animales que nuestro artista ha colocado en los muros, porque sería cuento de nunca acabar. Anotaremos sí, y aunque sólo sea de paso, un grupo de apuntaciones tomadas en la cordillera, en plena nieve, y que vienen a ser detalles para un gran cuadro que Correa proyecta desde hace tiempo, un cuadro que habrá de constituir su producción capital. Es la obra, la grande, la definitiva, aquella con que sueña todo artista, la que reunirá todo su saber y toda su inspiración, la que habrá de permitir al creador que diga, como en la oda del clásico latino...

*No moriré del todo...*

Pero no nos quedemos en los pequeños estudios. Veamos aquel cuadro que está en el caballete, aún inconcluso, con trozos de tela blanca, pero que ya sugiere la visión de lo que será una vez terminado.

Es una gran pintura de índole decorativa: un remanso, en primer término; luego, un paisaje suave, con un grupo de árboles copudos

al fondo; a la derecha, el apacible estero que corre al pie de un pequeño acantilado y que se interna misteriosamente en una revuelta del terreno; sobre el acantilado, una alameda de otoño. Grupos de animales en el campo, y en el agua quieta del remanso, un toro que brama, de frente al sol poniente, como si le lanzara un potente adiós. Y filtrándose por entre el follaje, y perfilando los contornos de los animales, y encendiéndose en cintas luminosas sobre el verde terciopelo de la campiña, el oro del sol que se hunde en el invisible horizonte. Estos son los componentes del cuadro, los elementos de que se ha valido el pintor para expresar la grandeza poética del atardecer campestre. Hay que agregar a ellos la interpretación que de su propia emoción el artista ha hecho, por medio de las nobles armonías de color y de las tranquilas líneas, para apreciar la belleza de este

cuadro que, según nos lo dijo el artista, está destinado a ornar la mansión de uno de nuestros hombres de más refinado gusto artístico.

Mientras observamos la obra inconclusa, Correa nos habla de su arte y con tal fervor, y con tal generosidad, que la opinión que ya teníamos acerca de su probidad, de su honradez, se confirma y adquiere más vigor aún.

La pequeña estatura del pintor crece, su voz discreta se hace sonora al proclamar en medio del taller, que parece un templo, su credo artístico. Sus palabras encuentran en nosotros la más sincera aprobación.

—Cultivar un espíritu en todos sentidos— exclama—fué y es mi mayor empeño. Enriquecer mi caudal interior, dejándome impresionar por todo lo bello, yendo en busca de todo lo bello, en la naturaleza y en el arte, ese fué y es mi mayor afán.

Y como nosotros comentamos el hecho de que algunos artistas padecen de un unilateralismo exagerado, agrega:

—No soy yo de esos. Los libros, la música, los bellos objetos, todo eso me ayuda a sentir, todo eso me da mayor capacidad emocional. La pintura para mí no es sino el medio de expresión que empleo; ella me sirve para exteriorizar lo que siento, lo que pienso; pero mi actividad mental no se circunscribe al campo de la pintura solamente.

Su mirada recorre las preciosidades antiguas que adornan el taller.

Y continuó:

—Estos muebles, estas tapicerías, estos objetos, que he reunido en fuerza de tenacidad y de dinero, forman en torno mío un ambiente de evocación y de ensueño que es propicio a un arte. La vida de aislamiento y de trabajo que llevo, se me llena de visiones agradables y de amables recuerdos a la contemplación de estas cosas que tienen en sí mismas el alma del pasado.



Correa, es amateur de antigüedades.

Con sonrisa de ufanía nos muestra su última adquisición. Es un bargeño primoroso, puesto sobre su pie de columnas salomónicas. Parece, abierto, la fachada en pequeño de un antiguo palacio maravilloso, con columnas de marfil retorcido y taraceaduras de la misma materia, ya dorada por los años. La coloración amarillenta del marfil, los tonos patinados de los rojos y los oros, la madera oscurecida, barnizada por el tiempo y acribillada por la carcoma, todo en ese viejo mueble tiene nobleza y carácter. Nos quedamos largo rato en silencio, poseídos por la fascinación evocadora que aquel *secrétaire* de otras épocas ejerce en nosotros.

La luz de la claraboya se va debilitando. La sombra se acumula en los rincones. Es el crepúsculo de un día gris, de un día de invierno. En la penumbra del taller, ante el viejo bargeño, el artista, envuelto en su amplia bata blanca, semeja una aparición.

M. MAGALLANES MOURE.

## ENLACE



Srta. Raquel Echaurren Herboso.



Sr. Luis Fidel Yáñez.